

y que bueno estaba, y que si eso iba a servir para ocuparme un poco y tenerme distraída y evitar que estuviera por ahí con unos y con otros, que me iban a tomar por loca y veleidosa, y para colmo sin formalizar ni una relación (como si hubiera que batir récords en esto último) pues que por ella estupendo. Desvié mis ojos hacia papá (ella también lo hizo) y éste terminó de tragar un bocado que bien pudiera haberse tratado de una berenjena entera, se limpió la boca y quiso saber: “¿Pero no tenías que estudiar para septiembre?” Contesté que sí, pero que además no deseaba perderme ni una de las obras de teatro que se iban a representar.

De este modo, a los dos días me encontraba rellenando barquillos de la dulce y helada sustancia. Entre sorbete de limón y cucurucho de frambuesa me percataba de los grupos de gentes extrañas, lejanas, pero que, en cualquier caso, nunca me han dejado indiferente. De sus aires informales, sofisticados, ligeramente aplanados por el calor. De los aromas que se enredan invisibles en las columnas de piedra de la plaza, cuando se mueven para ocupar las sillas de las terrazas, o cuando se incorporan y se levantan para pasear pausadamente por las calles del pueblo. Del siseo de las gasas transparentes de colores de los vestidos de las mujeres. Aromas y colores de ciudad, de lejanía y de viajes, que deben, sin duda, aliñar historias intensas.

Mirando distraídamente las adelfas rosas y blancas, en un momento en el que la tiendecita estaba vacía, recordé tu visita del año anterior cuando fuimos juntos a ver “Antes que nada es mi dama”, y tú te vestiste, inusualmente, con un traje de dril malva (que dejó a todos boquiabiertos en casa), “jugando a ser dandy”, como me dijiste, embromado, y me urgiste a lucir, en medio de elogios, un precioso dos piezas que habías traído contigo y que me regalaste “porque yo era la única mujer en el mundo a la que le quedaba a medida”. Y así, apoyada en el umbral de la puerta con los brazos cruzados volví a revivir esa tarde el momento cuando entrábamos al “corral”, y hacías un comentario simpático a una de las acomodadoras, y una vez sentados, nos reíamos imaginando un gigantesco telescopio surgido de un asteroide cercano enfocando hacia el descubierto recinto porque, aclarabas tú, “el mensaje de los clásicos es universal y concierne a los corazones de todos los siglos; tanto viven «ellos» en el universo como nosotros en nuestro planeta azul”. A los pocos instantes, las voces y movimientos y luces desfilaron otra vez envolviéndonos en su hálito de magia.

Y otra calurosa tarde, ya bien dadas las nueve y aprovechando que mi compañera se ocupaba de los clientes, presencié ilusionada la representación de “El Quijote” a cargo de una compañía checa. Se arremolina la gente en un rincón de la plaza, se oye una voz profunda a través del altavoz, se descubre una fingida estatua cubierta por una sábana blanca y... allí está Don Quijote, espíritu cuyo motor es la poesía, como explicó el narrador. No sabes lo que me recordaste al actor protagonista: primero, por tu porte suavemente nórdico; segundo, por creer que la apariencia puede transformarse y que es necesario saber ver más allá de ella. Tú me has dicho que lo esencial es invisible a los ojos.

Y ahora ha llegado el momento de la confesión y de lo que tal vez hayas deseado saber impacientemente a lo largo de esta extensa carta. Ha llegado la hora de reunir unos pocos y amados objetos: el abanico chino que me regalaste, mi libro preferido, algunas fotos y mi agenda de direcciones, un pañuelo con moneditas que compré en una tiendecita exótica de la calle de la Feria, el dos piezas de esa noche y algo más de ropa, el póster de Marilyn en la playa de Malibú que hay en mi dormitorio... y meterlo todo en una maleta.

Sé que harás por derramar, con tus palabras, un bálsamo en los corazones de mis padres pero que no moverás un dedo por intentar detenerme y que, siendo como eres, y habiéndome hablado como lo has hecho desde que soy niña, entenderás que tu pasión por la lectura haya sido también la